

## Lujo y exhibición pública: el arte al servicio del poder en las recepciones a doña Juana y don Felipe\*

JESÚS F. PASCUAL MOLINA\*\*

lo suficiente como para poder ser utilizado. El magnate quería diferenciar el ambiente de ambas grandes salas, concediendo a la primera un aire más renacentista y a la segunda un perfil más gótico. De ahí que la pareja de tapices que decora este gran salón, sea más antiguo que el anterior; de factura bruselense de principios del siglo XVI, ilustran capítulos de la *Vida de Daniel*<sup>76</sup>.

El segundo lote de *Escipio*, realizado al igual que el anterior sobre diseños de Giulio Romano, fue comprado también a French & Co. en 1927, y en este caso la documentación de la firma cita su procedencia madrileña, en concreto la colección del duque de Sesto. Recordemos que José Osorio y Silva, duque de Sesto, fue un político muy cercano a la corona. Tras la revolución de 1868 financió la preparación de la Restauración monárquica participando activamente en la organización del partido alfonsino. Es más, se ocupó de la educación de Alfonso XII, quien le nombró mayordomo mayor de palacio tras su restauración en el trono. Con lo cual, estos paños bien podrían proceder de la colección real, tal y como Julia Morgan afirmaba.

Por lo que sabemos, fueron vendidos a principios del siglo XX en las Galeries Heilbronner de París, y pasaron después por las colecciones de Clarence Hungerford Mackay y Henry Simmons. En 1927 fueron comprados por Mitchell Samuels; ese mismo año Hearst se hizo con el conjunto. Se trata de cinco tapices tejidos por Cornelis y Hendrick Mattens hacia 1580 y presentan una bordura que difiere cualitativamente de los anteriores, pues aparte de ser más generosa en la ornamentación, presenta una decoración de perfil humanista. Junto a las flores, frutas y *putti*, se dan cita figuras alegóricas dispuestas en nichos con sus respectivas inscripciones, otras aparecen sentadas y algunas rematadas con motivos de acantos o sostenidas por cornucopias. Cada uno de ellos muestra la siguiente iconografía: *Presentación de las coronas*, *Llegada a África*, *Encuentro entre Escipio y Aníbal antes de la batalla de Zama*, *Incendio del campo numidio* y *Triunfo de Escipio con prisioneros*. Este conjunto de paños hoy se encuentra repartido entre Hearst Castle<sup>77</sup> y el Peabody Conservatory of Music en Baltimore<sup>78</sup>.

Cerca de cuatro siglos después de ser tejidos en los principales centros manufactureros de Europa, y pasar a manos de la corte española, algunos singulares paños del siglo XVI vinieron a satisfacer las inquietudes artísticas de uno de los mayores coleccionistas de la pasada centuria: W. R. Hearst. Éste procuró servirse de ellos, no sólo para saciar un gusto personal, especialmente sensible hacia las tapicerías, sino también para recrear espacios dignos de cualquier gran palacio de la época moderna. A decir verdad, el propósito de servirse de los tapices como elemento decorativo a fin de hacer gala de su poder, no parecía distanciarle mucho de los propietarios que le precedieron varios siglos antes, aunque su destino fuera absolutamente dispar: rincones tan alejados geográfica y cronológicamente como California o Nueva York entre 1920 y 1930. Su osadía fue posible, aunque por poco tiempo; desde fines de los años treinta, y durante las dos décadas siguientes, su exquisita selección de paños se fue dispersando como resultado de algunas donaciones y de las sucesivas almonedas de su colección durante los años treinta, cuarenta y cincuenta. El Metropolitan Museum of Art de Nueva York y el Fine Arts Museum de San Francisco son hoy en día dos de los principales depositarios de aquella, pero desde luego no los únicos; a un lado y otro del Atlántico diversas instituciones culturales han heredado piezas de lo que fue en su día la extraordinaria colección Hearst.

EN 1500, TRAS UNA CADENA DE ACONTECIMIENTOS LUCTUOSOS, doña Juana se convertía en sucesora de los Reyes Católicos. Tercera en la línea de sucesión cuando contrajo matrimonio con el archiduque de Austria don Felipe, la muerte del príncipe don Juan en 1497 primero, y la de la princesa doña Isabel y su hijo el príncipe don Miguel, después, hicieron que doña Juana se convirtiera en princesa heredera. La noticia agradó especialmente a don Felipe que, de esta manera, veía más cerca de cumplirse la vieja aspiración real de los duques de Borgoña.

Los príncipes comenzaron entonces los preparativos de su viaje a España, donde debían ser jurados como herederos de los reinos de Castilla y Aragón, en las Cortes que habrían de celebrarse en Toledo y Zaragoza. Encargaron a Philibert de Veyre y a François de Busleyden, arzobispo de Besançon, viajar a España para comenzar a ordenarlo todo junto a los Reyes Católicos<sup>2</sup>.

El 4 de noviembre de 1501, la Corte archiducal se puso en marcha, desde Bruselas, rumbo a España. El viaje se realizó por tierra, atravesando Francia, lo que retrasó y alargó el recorrido, plagado de etapas, encuentros y celebraciones. Finalmente, los archiduques llegaron a España, entrando en Fuenterrabía el 26 de enero de 1502<sup>3</sup>.

Una Corte itinerante, en constante movimiento, se convertía frecuentemente en el centro de la vida urbana en la España de finales del siglo XV y principios del XVI. Los príncipes y los reyes eran recibidos en las ciudades con fiestas y manifestaciones de alegría y eran agasajados por sus habitantes mientras duraba su estancia. Estas visitas se convertían también en parte del juego político, sirviendo para afianzar alianzas y asegurarse la fidelidad de los vasallos. Cuando el escenario se torna más complejo, las visitas y recepciones adquieren un peso aún mayor si cabe. Eso

\* Estudio realizado en el marco del Proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia de España I+D+I HUM 2007-60703 *Europa sin fronteras. Las relaciones artísticas entre España y los Países Bajos en época de Felipe el Hermoso y Juana I de Castilla*. El autor forma parte del Grupo de Investigación Reconocido de la Universidad de Valladolid *Arte, poder y sociedad en la Edad Moderna*.

\*\* Universidad de Valladolid.

<sup>1</sup> El príncipe don Juan –casado con doña Margarita de Austria, hermana del archiduque Felipe el Hermoso–, falleció el 4 de octubre de 1497. Su viuda dio a luz un niño muerto. La sucesión pasó entonces a la infanta doña Isabel, esposa del rey de Portugal don Manuel I. El 24 de agosto de 1498 dio a luz un niño, llamado a ser el heredero de los reinos de Portugal, Castilla y Aragón. La madre murió a las pocas horas, y el príncipe heredero lo hizo el 20 de julio de 1500. Cfr. ZALAMA, M. Á., *Vida cotidiana...*, pp. 33-34.

<sup>2</sup> AGS, PR, leg. 56, doc. 14.

<sup>3</sup> Sobre el viaje a través de Francia y sus motivos, cfr. ZALAMA, M. Á., *Vida cotidiana...*, pp. 35-36.

<sup>76</sup> KASTNER, V., *ob. cit.*: Getty Research Institute Database. French & Co. papers, "Life of Daniel and Nebuchadnezzar (Nabuchodonosor)", Hearst Castle Set.

<sup>77</sup> Getty Research Institute Data Base French & Co. Papers, "Llegada a África", imágenes: 0240222, 0240214 y 0240217, "Encuentro entre Escipio y Aníbal antes de la batalla de Zama", imágenes: 0240210 y 0240211, "Incendio en el campo Numidio", imagen: 0240220, "Triunfo de Escipio con prisioneros", 0240209.

<sup>78</sup> *Ibidem*. "Presentación de las Coronas", imágenes: 0240147 y 0240213.

ocurre en 1502, cuando recae sobre doña Juana y don Felipe el papel de herederos. Esta situación dotará de un significado muy especial a las diferentes estaciones que, a lo largo de su viaje por España, realizarán doña Juana y don Felipe. La exhibición pública y las muestras de lujo, tanto por parte de la Corona como por parte de ciertos nobles, enmascaran, unas veces, y, adornan, otras, el ejercicio del poder.

## La ceremonia del recibimiento<sup>4</sup>

El acto de recibir a un monarca era una de las ceremonias más simples y con menos boato de las que rodeaban a la monarquía en la Edad Media. Comparado con proclamaciones o funerales, el despliegue decorativo y la suntuosidad eran mínimos. Sin embargo, poco a poco, el rito fue ganando complejidad, tanto en su apariencia y configuración, como en su significado, eminentemente político<sup>5</sup>. Cuando un rey o un príncipe eran recibidos por una ciudad, se establecía un vínculo entre ambos: el soberano reafirmaba su puesto de poder, lo legitimaba, arropado por una ciudad que le acogía y le festejaba. Al mismo tiempo, en la ceremonia se confirmaban los privilegios y mercedes concedidos a la localidad, afianzando la relación entre ambas instituciones. Se ha llegado, incluso, a señalar que estas ceremonias, reforzaban legitimidad de la corona, más aún que la propia ceremonia de coronación o proclamación, especialmente cuando el soberano entraba en una localidad por primera vez<sup>6</sup>.

Todo el acto era una suerte de representación teatral, donde el público –más presente que en otras ceremonias cortesanas, pues participaba activamente– era al mismo tiempo actor y espectador: actor dada su intervención mediante su presencia física y el engalanado de las casas y calles, y espectador, pues para él se representaba esta función en la que se recordaba quién ostentaba el poder y cuál era el papel que, cada uno, ocupaba en el entramado social del momento.

Desde la Edad Media las ceremonias de entrada se realizaron siguiendo un proceso similar<sup>7</sup>: las autoridades civiles salían a recibir a los visitantes a la puerta principal de la localidad, donde se leía un discurso de bienvenida y se entregaban las llaves de la ciudad. Si era un monarca el que visitaba el lugar, y lo hacía por primera vez, éste realizaba un juramento garantizando el cumplimiento de los privilegios de la ciudad. A continuación daba comienzo la entrada en sí, en la que la comitiva recorría las calles, engalanadas para la ocasión, en una suerte de procesión profana en la que destaca mediante el lujo –a través de vestimentas, joyas, armaduras...– como medio de distinción, la figura de los poderosos, dotando al acto de un profundo sentido político, de exaltación de la Corona, primero, y la nobleza y las oligarquías urbanas, después. En este

<sup>4</sup> Las ceremonias de entrada en las ciudades españolas por parte de los reyes, en el periodo bajo medieval han sido estudiadas en ANDRÉS DÍAZ, R. de, "Las entradas reales castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época", en *En la España medieval*, 4 (1984), pp. 47-62; NIETO SORIA, J. M., *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993, pp. 119-133; y NIETO SORIA, J. M. (dir.), *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1529)*, Madrid, 1999, pp. 136-137. Muy interesante en referencia a la Corona de Aragón, RAUFAST CHICO, M., "¿Un mismo ceremonial para dos dinastías? Las entradas reales de Martín el Humano (1397) y Fernando I (1412) en Barcelona", en *En la España medieval*, 30 (2007), pp. 91-139. Para el siglo XVI, con los reinados de Carlos V y Felipe II, se han realizado numerosos estudios, pero no existe uno específico dedicado a doña Juana y su esposo.

<sup>5</sup> STRONG, R., *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento 1450-1650*, Madrid, 1988 [1973], pp. 22-26. También insiste en esta idea, ANDRÉS DÍAZ, R. de, *ob. cit.*, pp. 47-62.

<sup>6</sup> ANDRÉS DÍAZ, R. de, *ob. cit.*, p. 47. La autora señala cómo estas entradas "aseguraban más su trono que la coronación".

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 50-55.

sentido, será muy importante el papel de un elemento suntuario: el palio o dosel<sup>8</sup>. De origen religioso, este "signo de soberanía", aparece ya citado en las crónicas castellanas a partir del reinado de Enrique III, popularizándose a lo largo del siglo XV. Solía ser portado por los regidores y estaba confeccionado con ricas telas<sup>9</sup>.

En enero de 1502, los Reyes Católicos comienzan a despachar desde Sevilla una serie de órdenes destinadas a preparar el recibimiento que, las diferentes ciudades y villas, debían dispensar a sus herederos. Entre las condiciones, se indicaba que:

han los de rrecibir con palio de brocado [...], y deben ser dos palios, cada uno con sus flocaduras, y porque han de venir juntos, cosidos por medio, bastará que sea cada uno de dos piezas, porque de otra manera serían muy anchos...<sup>10</sup>

El cortejo que acompañaba al príncipe o al monarca estaba compuesto por multitud de personajes, integrantes de su casa que, junto a las autoridades de la ciudad, iban con su señor hasta su alojamiento. Cuando doña Juana y don Felipe entraron en Toledo el 7 de mayo de 1502, la comitiva se configuró de la siguiente manera: los archeros, y los gentileshombres del archiduque abrían la procesión, seguidos de los pajes de don Felipe, y después algunos miembros de la nobleza española, como el duque del infantado, el condestable y el duque de Alburquerque. Detrás iban las trompetas y los tambores, tocando. Los seguían los heraldos del rey de Aragón y del archiduque, que acompañaban a *Toison d'Or* y al rey de armas de don Fernando. A continuación cabalgaban los embajadores del rey de Francia y de la república de Venecia. Delante, un caballero portaba la espada del rey, símbolo de justicia<sup>11</sup>. Don Fernando, don Felipe y el cardenal don Francisco Jiménez de Cisneros, cabalgaban juntos, seguidos de doña Juana, que iba acompañada del comendador mayor de León y del marqués de Villena. Detrás, seguían la nobleza, las damas, y gente a caballo<sup>12</sup>. En este caso la comitiva era numerosísima, pues el rey don Fernando también participó en ella, pero no menos espectaculares fueron las que se vieron en Burgos, Valladolid, Madrid o Zaragoza<sup>13</sup>. En Madrid, por ejemplo, el cortejo lo formaban: los caballeros de la villa, los archeros del archiduque, los miembros de la caballeriza, doce pajes, los músicos tocando trompetas y tambores, los heraldos, dos maceros flanqueando al oficial *Toison d'Or*<sup>14</sup>, seguido del gran escudero portando la espada. Luego, los archiduques acompañados por el condestable, el duque de Alburquerque, y el comendador mayor de León, seguidos de los nobles y las damas<sup>15</sup>. Esta era la configuración habitual de las entradas que los archiduques realizaron a lo largo de sus viajes por España.

<sup>8</sup> NIETO SORIA, J. M., *Ceremonias de la realeza...*, *ob. cit.*, p. 195.

<sup>9</sup> ANDRÉS DÍAZ, R. de, *ob. cit.*, p. 54. El dosel o palio, el *pallium* latino, aparece en ciertas monarquías europeas desde finales del XII y principios del XIII. En Francia no surgió hasta el XIV.

<sup>10</sup> CASTELLANOS, J. M., *El Madrid de los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, pp. 155-156.

<sup>11</sup> Para el simbolismo de la espada en los rituales de Corte de la Edad Media, cfr. NIETO SORIA, J. M., *Ceremonias de la realeza...*, pp. 188-190.

<sup>12</sup> Österreichische Nationalbibliothek (Viena), Handschriften, codex 3.410, "Voyage que l'archiduc Philippe fait pour aller en Espagne avec l'archiduchesse sa compagne etc.", transcrito y publicado en CHMEL, J., *Die handschriften der k.k. Hofbibliothek in Wien*, II, Viena, 1841, pp. 650-651. En adelante, *Codex 3.410*.

<sup>13</sup> Para Burgos, cfr. el trabajo de Porras Gil en este mismo volumen. El caso de Valladolid es estudiado más adelante, cfr. infra "Valladolid acoge a los príncipes: las fiestas de 1502". La comitiva formada cuando los archiduques entraron en Zaragoza en LALAIN, A. de, "Primer viaje de Felipe 'el Hermoso' a España en 1501", en J. GARCÍA MERCADAL (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVI*, Madrid, 1952, pp. 492-493.

<sup>14</sup> Ocupaba el cargo de rey de armas *Toison d'Or* Thomas Isaac. DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta...*, pp. 663-666.

<sup>15</sup> *Codex 3.410*, pp. 634-635.

En su recorrido por las calles de la ciudad, la procesión solía hacer un alto en la iglesia mayor, donde el visitante asistía a una celebración religiosa, bien una Eucaristía o bien un simple y sencillo rezo. En numerosas ocasiones, las autoridades religiosas salían a su encuentro, en procesión, portando cruces y vistiendo ricos ornamentos, colocando, a veces, altares donde se exhibía el ajuar litúrgico. En 1502, los Reyes Católicos habían pedido expresamente que esto fuera así: “y en la Iglesia mayor los reciba el Cabildo y los Príncipes se apeen a hazer oración como acostunbran los Reyes”<sup>16</sup>. No es extraño que al visitante se le pidiera realizar un juramento para salvaguardar sus privilegios y defender la fe católica en general, y a la iglesia correspondiente en particular.

Tras estos actos un banquete, ofrecido por los anfitriones, solía poner punto y final a la jornada de entrada en una ciudad.

A lo largo del siglo XVI, las entradas reales se irán complicando, añadiéndose arquitecturas efímeras cargadas de simbolismo de contenido humanista, dejándose influir por los *trionfi* italianos de carácter clásico. La música, el teatro y la poesía, jugarán un papel complementario al acto, creándose una compleja representación teatral, cuyo argumento era la legitimación del poder<sup>17</sup>.

Durante su primer viaje por España, desde que el día 26 de enero llegaron a Fuenterrabía, los archiduques fueron recibidos en las diferentes ciudades y villas por las que discurrió su recorrido hacia Toledo, primero, y Zaragoza, después, donde habían de ser jurados como herederos de los reinos de Castilla y Aragón. No se realizó este acto de recepción de la misma manera en todas partes. En la mayor parte de ciudades fue la corporación municipal la encargada de la ceremonia, con participación de las autoridades religiosas y de la oligarquía local. Sin embargo, en ciertos lugares vinculados personalmente a un miembro de la nobleza, éste se convertía en encargado de recibir a los príncipes, y en anfitrión durante su estancia en la localidad. Así ocurrió en 1502, por ejemplo, en Burgos, donde fueron recibidos por el condestable de Castilla, y en Valladolid, donde lo hizo el almirante que, en ambos casos, se adelantaron a recibir a los archiduques, y los acompañaron durante el recibimiento<sup>18</sup>. La entrada en Toledo –el 7 de mayo de 1502– donde aguardaban los Reyes Católicos fue superior a cualquier otra. La espectacularidad de estos actos contrasta con la sencillez de lo ocurrido en lugares como Grisaleña o Briviesca, donde los príncipes debieron conformarse con unas sencillas danzas<sup>19</sup>. No todos los lugares poseían los mismos recursos, pero todos quisieron honrar a los príncipes lo mejor que pudieron.

## Fiestas y celebraciones

Una vez alojados en su destino, doña Juana y don Felipe eran agasajados con multitud de festejos y espectáculos, a pesar de la petición expresa de los Reyes Católicos de no realizar juego alguno, dictando órdenes de que, “en el dicho rrecibimiento no deben hazer juegos porque no los

<sup>16</sup> COLMENARES, D. de, *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, II, Segovia, 1846, pp. 424-425.

<sup>17</sup> Para estas ceremonias durante el Renacimiento, cfr., por ejemplo, STRONG, R., *ob. cit.* En Valladolid, destacaron en este sentido las entradas protagonizadas por el rey don Fernando en 1509 y 1513, cfr. KNIGHTON, T. y MORTE GARCÍA, C., “Ferdinand of Aragon's entry into Valladolid in 1513: the triumph of a christian king”, en *Early music history*, 18 (1999), pp. 119-163.

<sup>18</sup> Sobre la recepción ofrecida en Burgos por el condestable, cfr. el trabajo de Porras Gil en este mismo volumen.

<sup>19</sup> *Codex 3.410*, p. 606.

saben hazer, haziendo comparación delos que hazen en Flandes”<sup>20</sup>, o que “las fiestas, y regozijos se celebren con la muestra possible de contento: escusando inuenciones de fuego [sic], que no podrán agradar a los Flamencos, y Alemanes, por ser tan ingeniosas las que se hazen en sus provincias”<sup>21</sup>. Las poblaciones que acogieron a los archiduques hicieron caso omiso a la orden, volcándose en complacer a los que un día se convertirían en sus señores.

En ningún lugar en el que los príncipes se alojaran, faltaban los espectáculos taurinos y los juegos de cañas. Lo más normal era celebrarlos teniendo lugar, habitualmente, el mismo día primero los toros y después las cañas. Los archiduques disfrutaron de estas diversiones en todos los lugares donde pasaron algún tiempo. El juego de cañas, consistía en un ejercicio ecuestre, en el que dos grupos de jinetes se perseguían sucesivamente, lanzándose cañas y alcancías<sup>22</sup>, protegiéndose con adargas, y montando a la jineta<sup>23</sup>, técnica de origen morisco, desarrollada sobre todo en la Edad Media hispana. La influencia morisca no termina en la forma de montar, sino que las vestimentas de los jinetes y las armas empleadas, remiten también al mundo musulmán. El anónimo autor del manuscrito de Viena señala repetidamente como todo era “a la maniere turquoise”<sup>24</sup>. El juego de cañas, era un pasatiempo típicamente español que pronto cautivaría a los extranjeros, llegando a participar don Felipe en sendos juegos celebrados en Toledo en 1502:

Este día por la noche, monseñor, que nunca había tomado parte en el juego de cañas, intervino en él con los otros de Castilla [...] y desempeño su papel de tal modo, que fue estimado de los que le vieron y considerado como uno de los que mejor se tenían a caballo, y adiestrado a su guisa entre todos ellos”<sup>25</sup>.

Y otro día: “Por la tarde, a las cuatro, monseñor se vistió a la morisca, junto con el condestable, el duque de Alba y otros, y acudió a la gran plaza del Mercado de Toledo, para ver la corrida de toros. De allí volvió a la plaza delante del palacio y jugó a las cañas y corrió a la jineta por segunda vez”<sup>26</sup>.

Además, “cuando se corren las cañas, es costumbre obsequiar con vino y especies a las damas”<sup>27</sup>. Entendemos que estas “especies” a las que se refiere el cronista eran una suerte de golosinas azucaradas, que solían ser servidas después de la comida, pues a ello hace también referencia el término francés *épices*.

Las justas, eran otro elemento presente en las celebraciones. En esta ocasión se trataba de un espectáculo más cercano a la tradición flamenco-borgoñona, que el pasatiempo de las cañas y los toros. Sin embargo no debían de celebrarse exactamente igual que en los Países Bajos, pues los cronistas suelen señalar que se justaba “a la española”. Al igual que el juego de cañas llamó la atención a don Felipe, también lo hizo la forma de justar en España, hasta el punto de querer practicar para poder participar en algún combate. Así, estando en Toledo, junto a algunos de sus caballeros, “se armó a la moda de España, y se ensayó en correr en la liza, lo que nunca había hecho”<sup>28</sup>. Durante el viaje de los herederos por España, asistieron a justas en Valladolid, Madrid

<sup>20</sup> CASTELLANOS, J. M., *ob. cit.*, pp. 155-156.

<sup>21</sup> COLMENARES, D. de, *ob. cit.*, pp. 424-425.

<sup>22</sup> Bolas de barro seco, del tamaño de una naranja, rellenas de ceniza u otra sustancia.

<sup>23</sup> Con estribos cortos y las piernas dobladas.

<sup>24</sup> *Codex 3.410*, p. 612.

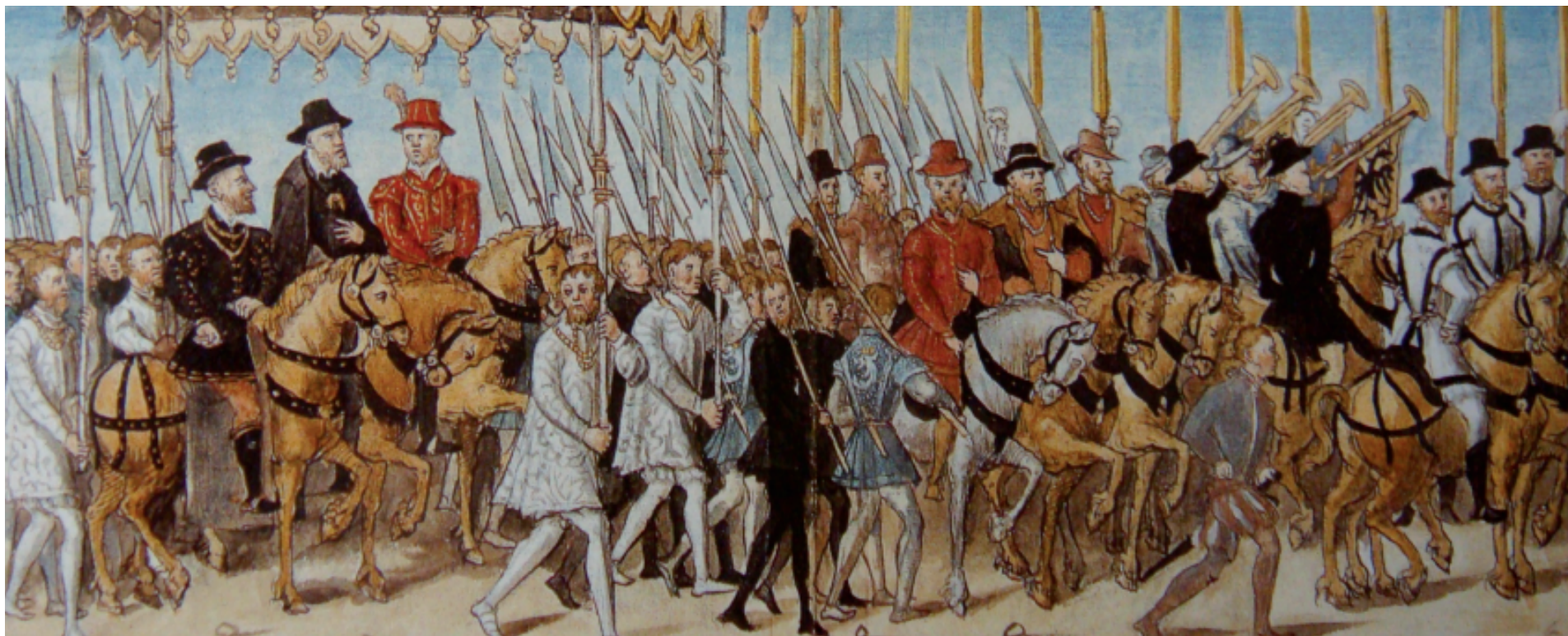
<sup>25</sup> LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 469.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 445.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 469.





ENTRADA DE CARLOS V EN VALENCIENNES EN 1540, Hubert Cailleau, en el libro de Luis de la Fontaine, *Les antiquites de Valenciennes*. 1553.

y Toledo, a tenor de los datos recogidos por los cronistas, muchísimas menos ocasiones que en el caso del juego de cañas y, sin duda, mucho menos espectaculares para los flamencos, pues apenas recogen referencias a las mismas, acostumbrados como estaban a la magnificencia de los combates de tradición borgoñona, donde éstos se rodeaban de una parafernalia consistente decorados y arquitecturas efímeras, en el marco de una historia literaria, a manera de guión, basado en las novelas de caballería y en las tradiciones caballerescas medievales, y donde el paso de armas y los torneos que enfrentaban a grupos de caballeros, eran mucho más suntuosos que los combates singulares españoles. Don Felipe viajó a España con al menos parte de su armería, en la que sobresalen las piezas destinadas a este tipo de espectáculos caballerescos, incluyéndose varios arneses a la “mode d’Espagne”, uno de los cuales puede ser el que, identificado con el número de inventario A.16, se conserva en la Real Armería de Madrid<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Sobre la armería de don Felipe y la posible identificación de algunas piezas, cfr. TERJANIAN, P., “La armería de Felipe el Hermoso”, en ZALAMA, M. Á. y VANDENBROECK, P., *Felipe I el Hermoso. La belleza...*, pp. 143-162.

Comidas y banquetes completaban el repertorio festivo. Anfitriones como el condestable en Burgos<sup>30</sup>, o el almirante de Castilla en Valladolid<sup>31</sup>, obsequiaron a doña Juana y don Felipe con magníficos banquetes, como lo hicieron los Reyes Católicos en Toledo<sup>32</sup>. El propio archiduque fue anfitrión en alguna ocasión, como cuando sirvió una extraordinaria cena al arzobispo de Zaragoza<sup>33</sup>. La magnificencia de la comida estaba compuesta por numerosos platos presentados con exquisito orden y protocolo en el servicio, siguiendo la costumbre española<sup>34</sup>. El ritual era muy complejo y requería gran coordinación y orden, no menor que el ceremonial borgoñón<sup>35</sup>.

<sup>30</sup> Cfr. el trabajo de Porras Gil en este mismo volumen.

<sup>31</sup> Cfr. infra “Valladolid acoge a los príncipes: las fiestas de 1502”.

<sup>32</sup> LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 461.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 494.

<sup>34</sup> DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta...*, pp. 223-225.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 617-620.

Al margen de esa suerte de ballet que suponía la comida y su servicio, la escenografía era realmente singular. No faltan nunca los tapices adornando las estancias, especialmente en el caso de las comidas ofrecidas por don Felipe<sup>36</sup>, al igual que los aparadores donde se coloca la vajilla de plata para la comida. Más allá del uso material de las piezas<sup>37</sup>, es importante el significado simbólico de la exhibición de las mismas: su lujo y riqueza son los de su poseedor, al igual que su magnificencia, de manera que, exhibir la plata, acaba convirtiéndose en una competición, en un alarde de poder. Estando en Toledo, el 22 de mayo, los Reyes Católicos ofrecieron en el alcázar una cena a los príncipes, en la que participaron también algunos nobles españoles, la cual:

estaba ennoblecida con cinco aparadores. Uno, perteneciente al rey, contenía de ochocientas a novecientas piezas de vajillas, tanto de plata dorada como de las otras. El segundo, poseído por el duque de Alba, tenía setecientas piezas de vajillas, tan de oro que había seis grandes tazas de oro. El tercero era del duque de Béjar, adornado con setecientas piezas de vajillas. El conde Benalcázar había decorado el cuarto aparador con seiscientas a setecientas piezas de vajillas, y el conde de Oropesa había puesto al quinto con setecientas piezas de vajillas. [...] Estos aparadores, que estaban a la entrada de la sala, podían verlos todos los que estaban sentados en las mesas<sup>38</sup>.

El 7 de julio, en Toledo, don Felipe actuó como anfitrión de la primera comida servida en España siguiendo la etiqueta borgoñona. El rico ritual de la corte más fastuosa de Europa se introducía así en España y, con él, nuevas formas de articular las relaciones entre el soberano y la nobleza<sup>39</sup>.

## Valladolid acoge a los príncipes: las fiestas de 1502

Cuatro son las fuentes principales con las que contamos para reconstruir lo ocurrido durante la visita de doña Juana y don Felipe, a la villa de Valladolid en 1502. La crónica de Antoine de Lalain, conde de Hoogstrate y señor de Montigny, y miembro de la casa de Felipe el Hermoso, en la que ocupaba el puesto de chambelán, a quien acompañó en su primer viaje a España es, probablemente, el documento más conocido y reproducido<sup>40</sup>. Una segunda fuente, de carácter local, son los conocidos como *Diarios de los Verdesotos*, relación de sucesos acaecidos en Valladolid entre finales del siglo XV y la primera década del siglo XVI, recogidos por un miembro de una familia de regidores de Valladolid, conocidos a través de las anotaciones de él conservadas<sup>41</sup>.

<sup>36</sup> Como ocurre, por ejemplo, en Toledo o Zaragoza. Cfr. LALAIN, A. de, *ob. cit.*, pp. 466 y 494.

<sup>37</sup> Sobre la función del aparador en el ritual castellano de la comida, cfr. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *Libro de la cámara real del príncipe don Juan*, Valencia 2006, pp. 120-121.

<sup>38</sup> LALAIN, A. de, *ob. cit.*, pp. 461-462.

<sup>39</sup> La ceremonia de la comida según el protocolo borgoñón, escondía un sistema de relaciones de raíz política, que fue ganando en complejidad con el tiempo. Interesantes observaciones en ALVAREZ-OSSORIO ALVARINO, A., "Introducción", en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *La corte de Carlos V. Tercera parte. Los servidores de las casas reales*, IV, Madrid, 2000, en especial el apartado "Comer a la borgoñona. Ceremonial áulico y contienda política en las cortes de Felipe I y Carlos V", pp. 7-18.

<sup>40</sup> LALAIN, A. de, "Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501", en GACHARD, L. P. (ed.), *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, I, Bruselas, 1876, pp. 121-338. En español en: LALAIN, A. de, *ob. cit.*, pp. 433-548.

<sup>41</sup> "Extractos de los diarios de los Verdesotos de Valladolid", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 24 (1894), pp. 81-86 [en adelante *Verdesotos*], y AGAPITO Y REVILLA, J., *Anotaciones a los "Diarios de los Verdesotos de Valladolid"*, Valladolid, 1918. Una edición facsimilar del documento, recientemente publicada es la de VARELA MARCOS, J. (ed.), *Extractos del diario de los Verdesotos de Valladolid*, Valladolid, 2006.

Estas dos son las fuentes más comunes cuando se relata el viaje de los herederos hacia Toledo en 1502. Muy poco conocida es la crónica que un anónimo cortesano flamenco escribió del primer viaje de don Felipe en 1502<sup>42</sup>. La cantidad de detalles aportados por este autor, la minuciosidad con la que relata el viaje, hace pensar, inevitablemente, en alguien que no sólo acompañó a su señor, sino que redactó su diario sobre la marcha, dado que de otro modo, no podría haber sido tan preciso. La última fuente es de carácter documental: se trata de los datos extraídos de los libros de actas del regimiento de Valladolid, donde se anotan los pormenores de la preparación de estos actos<sup>43</sup>. Junto a estos datos, apenas contamos con pequeñas referencias en otros textos, como la crónica que escribió Lorenzo de Padilla dedicada a don Felipe<sup>44</sup>, o la breve mención que aparece en las memorias de Jean Molinet<sup>45</sup>.

Desde Sevilla, el 7 de enero de 1502, los monarcas escribieron al Ayuntamiento de Valladolid, indicando a los regidores cómo debía celebrarse el recibimiento de los príncipes<sup>46</sup>. Los participantes debían acudir a caballo y sus vestimentas tenían que ser de colores claros en señal de alegría. También se ordenaba acudir a los oficios con sus pendones. Tras el recibimiento los príncipes debían ir a la iglesia mayor de la villa a realizar un acto de oración. También se incluyó la indicación de no celebrar juegos "porque en la tierra del Príncipe se usan faser los juegos tan perfectamente que en comparación de aquellos, los de acá non parecerían bien". Al igual que en otros lugares, dicha orden no se tuvo en cuenta, teniendo lugar multitud de festejos. Como era habitual, la limpieza de la villa era fundamental, por lo que se pidió que las calles se barrieran y limpiaran. Asimismo, se ordenó colocar en las calles las mejores tapicerías de la villa y dar alojamiento a los miembros del séquito, ya que "los que vienen con los dichos Príncipes nuestros señores no traen camas". A estas disposiciones, se añadieron otras cuando, más tarde, el 23 de enero, los reyes señalaron que sería de su agrado que la villa entregara a los príncipes, "algunas piezas de plata bien labradas", a modo de obsequio<sup>47</sup>. Este asunto preocupó y disgustó bastante a los regidores, que discutieron sobre ello para, finalmente, terminar por entregar ciertas piezas por valor de 220.000 maravedís<sup>48</sup>.

El día 26 de enero se pregonó la llegada de los príncipes a la villa:

Pregón sobre el rescibimiento. Sepan todos los vezinos e moradores en esta noble villa de Valladolid e los estantes en ella que el rey y la Reyna nuestros señores mandan por sus çedulas que se faga rescibimiento con mucha alegría y plazer a los ylustísimos príncipes nuestros señores y para lo hazer mandan que esta villa este muy limpia e ataviada de tapicerías e plata e joyas e todas las otras cosas que para el dicho rescibimiento e ornamento e comopstura de la dicha villa son nesçesarios por ende de parte de sus altezas mandaban justia e regimiento que todas personas vecinos desta villa e moradores e estante en ella tengan muy limpias las calles e plaças e sus conteros e tengan aderesçadas todas las delanteras e ventanas de sus casas de tapeçerías ricas destucados e sedas plata e joyas e todo lo mejor que pudieren sin

<sup>42</sup> Transcrito y publicado en CHMEL, J., *ob. cit.*, pp. 554-655.

<sup>43</sup> AMVa, Libros de actas, 1502.

<sup>44</sup> PADILLA, L. de, "Crónica de Felipe I, llamado el hermoso, escrita por don Lorenzo de Padilla y dirigida al emperador Carlos V", en SALVÁ, M. y SAINZ DE BARANDA, P., (CODDIN), VIII, Madrid, 1946, pp. 5-267.

<sup>45</sup> MOLINET, J., *Chroniques*, V, París, 1928.

<sup>46</sup> ARRIBAS ARRANZ, F., "Documentos de los Reyes Católicos relacionados con Valladolid", en *Cuadernos de la Cátedra de Paleografía y Diplomática*, I (1953), Valladolid, doc. XIV, pp. 55-56.

<sup>47</sup> *Ibidem*, doc. XVI, p. 59.

<sup>48</sup> AMVa, Libros de actas, 1503, fols. 8, 15 v., 16 v., 18 v. y 21 v. La discusión se extendió entre los meses de enero y marzo.

ocultar nada e no sean osados de sacar cosa alguna desta dicha villa de las que oy están en ella ni se puedan ausentar desta villa fasta tanto que los ylustrísimos señores príncipes sean resçibidos en esta dicha villa e salgan a dar la enorabuena por quel dicho reçibimiento se faga muy bien conforme a lo que sus altezas mandan so pena que qualquier o qualesquier persona o personas que lo contrario fizieren e desta villa se fueren o qualquier cosa faltare o sy alguna de las suso dichas tienen fuera desta villa o no las truxeren dentro de diez días [...] que pierdan las viñas e las tierras e sean confiscadas e aplicadas para la cámara e fisco de sus altezas [...] mándanlo a pregonar públicamente por las plaças e lugares acostumbrados desta villa<sup>49</sup>.

Las calles debían presentar un aspecto de gran lujo, con tapices y objetos preciosos, y todo el pueblo tenía que participar para dar una gran bienvenida a los príncipes. La pena por no hacerlo era muy elevada: se exponían a perder sus bienes, confiscados éstos para la cámara de sus altezas<sup>50</sup>.

Todas las puertas de la villa, a excepción de la del Campo, debían mantenerse cerradas<sup>51</sup>, y se obligó a los vecinos a no marcharse y a permanecer en la villa el día del recibimiento. Entre la citada puerta del Campo y la iglesia mayor<sup>52</sup>, tenía que ponerse un hacha encendida a la puerta de todas las casas y candelas en las ventanas y, además, se ordenó entapizar todas las ventanas delanteras de los inmuebles, haciendo cumplir la orden dada por los Reyes Católicos<sup>53</sup>.

Los príncipes llegaron a Valladolid el primero de marzo, procedentes de la villa de Cabezón. Cuando se encontraban cerca, a una distancia de una legua aproximadamente, salieron a su encuentro el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, y otros nobles como los condes de Treviño, Ribadavia, Melgar, Salvatierra, y otros<sup>54</sup>. El almirante don Fadrique no era un desconocido para los jóvenes príncipes: en 1496, y junto a algunos miembros de su familia, acompañó a doña Juana a Flandes, y fue el encargado de traer a España a la princesa Margarita para su enlace con el príncipe don Juan<sup>55</sup>.

Al grupo de nobles les acompañaban músicos tocando trompetas y tambores y un grupo de cerca de 400 ó 500 hombres a caballo, todos vestidos a la morisca, de “drap rouge chacun une jaueline en la main et anoyent leurs testes lyes de une blanche longhe seruiette comme ung doublier et aux deux bouts a tout des fringhes fort bien omirees”<sup>56</sup>, atuendo que recuerda al usado durante el juego de cañas, como podemos ver en la pintura, atribuida al pintor de Felipe el Hermoso Jacob Van Laethem, que muestra a don Felipe participando en uno de estos juegos celebrado en Valladolid en 1506<sup>57</sup>. Cuando se produjo el encuentro, los nobles descabalgaron y fueron a besar

<sup>49</sup> AMVa, Libros de actas, 1502, fols. 6 v.-7. También publicado en AGAPITO Y REVILLA, J., *ob. cit.*, p. 69-70, quien recoge diversas noticias de esta visita (cfr. pp. 67-76).

<sup>50</sup> AMVa, Libros de actas, 1502, fol. 7.

<sup>51</sup> DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, A., *Aspectos del urbanismo vallisoletano en torno al año 1500. Puertas, arrabales y puentes*, Valladolid, 1976, nota 100.

<sup>52</sup> La Puerta del Campo se situaba en la zona de la actual Plaza de Zorrilla y la embocadura de la calle de Santiago. De la colegiata de Santa María, aún se conservan algunos restos entre las plazas de la Universidad y Portugalete.

<sup>53</sup> AMVa, Libros de actas, 1502, fol. 14 v., ayuntamiento del 23 de febrero. Cfr. DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, A., *ob. cit.*, nota 101.

<sup>54</sup> Don Antonio Manrique de Lara (hijo del primer duque de Nájera y conde de Treviño don Pedro Manrique de Lara), don Bernardino Sarmiento, don Bernardino Enríquez (hermano del almirante don Fadrique), y don Pedro de Ayala. *Codex 3410*, p. 621.

<sup>55</sup> Sobre este viaje, cfr. ZALAMA, M. Á., *ob. cit.*, pp. 26-29.

<sup>56</sup> *Codex 3.410*, p. 622.

<sup>57</sup> Cfr. ZALAMA, M. Á., y DOMÍNGUEZ CASAS, R., “Jacob Van Laethem, Pintor de Felipe ‘el Hermoso’ y Carlos V: Precisiones sobre su obra”, *BSAA*, LXI (1995), Valladolid, pp. 347-358.

las manos de los archiduques, tras lo cual todos juntos se pusieron en marcha hacia la villa. Los jinetes les precedieron, cabalgando, con gran alboroto de voces y música de trompetas y tambores, “comme ce fust este alassault pour la guerre”<sup>58</sup>.

Doña Juana y su esposo, habían llegado acompañados de un séquito del que formaban parte diversos nobles, algunos de los cuales los seguían desde su entrada en España. Acompañaban a don Felipe, el condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, los condes de Benavente, Nieva, Siruela, Valencia de Don Juan, Castrojeriz, el comendador mayor de León, el conde de Miranda, el vizconde de Valduerna, y otros muchos caballeros y gentileshombres<sup>59</sup>.

De todos ellos, cabalgaban junto a don Felipe, el almirante, el obispo de Córdoba, Juan Rodríguez de Fonseca<sup>60</sup>, el condestable y el duque de Alburquerque. Mientras que con doña Juana, iba el comendador mayor de León. El resto de nobleza, marchaba junto a las damas.

Llegando a la villa, ante la Puerta del Campo, salieron al encuentro de los archiduques los miembros de la Chancillería, a cuyo frente iba su presidente, el obispo de Cartagena<sup>61</sup>. Todos iban muy bien vestidos, “en leur maniere de pays”<sup>62</sup>, e hicieron la acostumbrada reverencia, al tiempo que el presidente de la Chancillería les dio la bienvenida y les transmitió los mejores deseos para su viaje, de parte de los Reyes Católicos. A la entrada de la villa esperaban los miembros del Ayuntamiento, vestidos de paño rojo, con gorras de terciopelo carmesí y cadenas de oro al cuello, “ou de ces grans colliers dor que du temps passe lon soloir porter”, llevando algunos una vara en la mano, “comme proprement aussi loings que dars pour monstrier quilz estoient gouverneurs de la ville”<sup>63</sup>. Tras el obligado besamanos y la entrega de las llaves de la ciudad, la comitiva continuó su camino. Don Felipe, antes de entrar en Valladolid, cabalgó “au loing des murailles, par dhors de la ville affin quil veyst la dite ville qui est belle ville”, para a continuación entrar en la localidad.

El cronista no para de repetir que: “Et y auoir tant de gens pour voir monseigneur que ce fut la plus grant presse de jamais”<sup>64</sup>. Las calles, entre la Puerta del Campo y el aposento de los príncipes, estaban abarrotadas de gente, deseosa de ver a quienes algún día habrían de convertirse en sus soberanos. Circular, era poco menos que imposible.

Atravesada la Puerta del Campo, “il y ouoit ung chiel de drap dor que les dits seigneurs de la ville portèrent sur le chief de monseigneur et de madame a tout belles fringhes du mesmes et portèrent les dits seigneurs le chiel qui auoient presente les clef de la ville”. Lalaing dice que “Los habitantes de la población le hicieron [a don Felipe] un magnífico recibimiento, a la moda del país, y lo llevaron, a lo largo de la villa, bajo un palio de muy rico paño de oro”<sup>65</sup>. La entrada se realizó

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> Don Bernardino Fernández de Velasco, don Beltrán de la Cueva, don Alonso Pimentel, don Antonio de Velasco, don Francisco de Velasco, don Enrique de Acuña, don Rodrigo de Mendoza, don Gutierre de Cárdenas, don Francisco de Zúñiga y don Pedro de Bazán. *Codex 3.410*, p. 622.

<sup>60</sup> Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Córdoba entre 1499 y 1504, había sido embajador del rey Católico en Flandes e Inglaterra, participando activamente en las negociaciones que llevaron al matrimonio de don Felipe y doña Juana, y a la unión entre la infanta doña Catalina y el príncipe Arturo de Inglaterra. Muy importante fue también su actividad política en relación con las Indias, cfr. SAGARRA GAMAZO, A., *Juan Rodríguez de Fonseca: su imagen y su obra*, Valladolid, 2005.

<sup>61</sup> Don Juan Ruiz de Medina, obispo de Cartagena hasta el 6 de marzo de 1502 en que lo fue de Segovia, presidente de la Chancillería desde el 28 de junio de 1501, y miembro del Consejo Real. Cfr. MARTÍN POSTIGO, M. de la S., *Los presidentes de la Real Chancillería de Valladolid*, Valladolid, 1982, pp. 33-35.

<sup>62</sup> *Codex 3.410*, p. 623.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 623.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 622.

<sup>65</sup> LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 454. La crónica, escrita por un flamenco, obvia la presencia de la princesa Juana.





JUEGO DE CAÑAS EN VALLADOLID, Jacob van Laethem (atrib.), 1506. Château de la Follië, Écaussinnes (Bélgica).

al son de los tambores y trompetas y había tanta gente que era difícil mantener el orden. Toda la ciudad estaba engalanada para la ocasión:

les rues estoient tendues de riches tappareies et de beaux tapis, les fenestres des maisons estoient plaines de gens de belles damoiselles vestues de velours de soye et bien largement et fort gaurieres et de belles chayanes au colet se monstroyent fort a tous costez les rues plaines de gens que a grant paine lon pouoit passer<sup>66</sup>.

La lluvia hizo acto de presencia antes de que los príncipes llegaran a su aposento, “mes le chiel vient bien a point a monseigneur et a madame”<sup>67</sup>. La comitiva estaba formada de la siguiente manera: primero marchaban los caballeros de la villa seguidos de la guardia de archeros<sup>68</sup>. Después los mensajeros, el palafrenero y los pajes<sup>69</sup>, uno detrás de otro, vestidos de terciopelo carmesí. Les seguían las trompetas españolas y los grandes tambores, así como los menestrels y sacabuches, todos tocando<sup>70</sup>. A continuación, los gentiles hombres de la casa de don Felipe, de tres en tres. Seguían los heraldos y dos maceros, flanqueando éstos a *Toison d’Or*<sup>71</sup>. Después, el

<sup>66</sup> *Codex 3.410*, pp. 623-624.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 624.

<sup>68</sup> La guardia de don Felipe estaba compuesta de dos capitanes y cuarenta archeros. Cfr. GACHARD, L. P. (ed.), *ob. cit.*, p. 367.

<sup>69</sup> El cronista indica trece, pero en la casa de don Felipe había doce pajes. Cfr. GACHARD, L. P. (ed.), *ob. cit.*, p. 357.

<sup>70</sup> En el séquito de don Felipe se incluían nueve trompetas, dos tambores de Alemania y tres sacabuches. GACHARD, L. P. (ed.), *ob. cit.*, pp. 366 y 370.

<sup>71</sup> Junto a *Toison d’Or*, viajaron a España el rey de armas Hainaut, los heraldos Lothier y Luxemburgo, así como el perseverante *Qui voudra*. Cfr. GACHARD, L. P. (ed.), *ob. cit.*, p. 366. Sobre estos oficiales, véase además DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta...*, pp. 609-611 y 661-667.

gran escudero, que portaba en su mano la espada, símbolo de la justicia y que había sido enviada por los reyes, precediendo a los príncipes, que iban cobijados bajo el palio. Tras ellos, cabalgaba la nobleza española y después la flamenca, seguida de las damas, acompañadas de algunos grandes de España. Finalmente, dice el cronista, “chacun qui vouloit”<sup>72</sup>.

Finalmente, los príncipes llegaron a su aposento, en las casas del almirante de Castilla<sup>73</sup>, pero antes de acceder a él, aún debían cumplir con otro rito tradicional: visitar la iglesia principal de la villa. Frente a la entrada, había un altar lleno de ricos ornamentos, relicarios y cruces de oro, ante el cual estaba el cabildo de la iglesia, vestidos ricamente con sus capas. Portaban una reliquia que dieron a besar primero a don Felipe y, después, a doña Juana, para entonar después el *Te Deum Laudamus* y acceder al interior de la iglesia<sup>74</sup>. El cronista la describe como muy bien adornada, cubierta de tapices. Tras realizar una oración en su interior, los príncipes abandonaron el templo para instalarse, por fin, a sus aposentos. Éstos estaban engalanados con tapices y paños de oro, y aunque no debían de ser estancias demasiado grandes, estaban perfectamente adornadas de manera que los príncipes fueron muy bien aposentados<sup>75</sup>.

Para finalizar esta primera jornada en Valladolid, el almirante había organizado una cena en sus casas, en la que él mismo se encargó de servir la comida a sus invitados. Llamaba la atención a los flamencos el protocolo castellano<sup>76</sup>, por el que el almirante iba con la cabeza descubierta, portando una servilleta en su hombro, acompañado de 20 ó 24 gentileshombres, que portaban diversos platos cubiertos con servilletas, incluyendo toda suerte de confituras. El almirante fue también el encargado de probar los platos que los príncipes iban a tomar y de portar el vino y hacer la salva antes de servirlo. Tras la cena, aún hubo tiempo para que don Felipe y los grandes charlaran, acompañando la conversación con vino, tras lo cual se retiraron todos a sus aposentos<sup>77</sup>.

Lalaing recoge una anécdota que no aparece en otras crónicas: mientras se celebraba la primera cena de los príncipes en Valladolid, al archiduque le fue robado un cofre lleno de vajilla de oro, que se encontró al día siguiente, perdonándose a los ladrones<sup>78</sup>.

El segundo día de estancia en Valladolid, el miércoles 2 de marzo, tras pasar la mañana en palacio, donde asistieron a los servicios religiosos y comieron, acudieron por la tarde a ver una corrida de seis toros celebrada delante del palacio<sup>79</sup>. Acabado el espectáculo, se recibió la noticia de la llegada a la villa del duque de Nájera, quien hizo una entrada espectacular, acompañado de un séquito ataviado a la morisca, cabalgando bellos corceles, con música de trompetas y tambores, dirigiéndose al aposento de los príncipes, donde, en compañía de su hijo —muy bien vestidos, y portando cadenas de oro—, fueron a saludarlos, y besaron la mano de don Felipe, “comme appartement affaire au prince de Castille”<sup>80</sup>. En el acto estuvieron presentes los músicos del duque, que tocaron sus instrumentos, amenizando la velada. No parece que a muchos de los grandes les

<sup>72</sup> *Codex 3.410*, p. 624.

<sup>73</sup> Sobre el palacio del almirante de Castilla en Valladolid, cfr. URREA, J., *Arquitectura y nobleza. Casas y palacios de Valladolid*, Valladolid, 1996, pp. 247-249. Esta construcción fue derribada en 1863 y, en su solar, se construyó el Teatro Calderón.

<sup>74</sup> *Codex 3.410*, p. 624.

<sup>75</sup> *Ibidem*.

<sup>76</sup> La complejidad queda reflejada en FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *ob. cit.*, pp. 120-122 y 124-125.

<sup>77</sup> *Codex 3.410*, p. 625.

<sup>78</sup> LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 454.

<sup>79</sup> *Codex 3.410*, p. 625. El espectáculo taurino parece que corrió a cargo del Ayuntamiento, pues el día 28 de enero se habían pagado 5 reales a los guardas que fueron a buscar los toros. AMVA, Libros de actas, 1502, fol. 7 v.

<sup>80</sup> *Codex 3.410*, p. 625.

gustase este protagonismo del duque, hasta el punto de que casi se produce un enfrentamiento, de lo que se percató el cronista. Sin embargo, por el momento, el asunto no fue a más por respeto a los príncipes<sup>81</sup>.

Tenemos un vacío documental con respecto a lo ocurrido el día 3, pues no aparece recogido en la crónica de Viena. El relato continúa el viernes día 4. Ese día, para los oficios religiosos, don Felipe hizo preparar un altar en sus aposentos con los ornamentos de su capilla privada: “tout les appostoles, et la belle croix, et les plus riches ornements de perles et de pierres”, sorprendiendo a los nobles españoles por su suntuosidad, afirmando algunos que “le Roy nen auoit point de sy riches”<sup>82</sup>. La misa fue oficiada por el capellán del señor de Berghes, con diácono y subdiácono y contó con la participación de los cantores de la capilla de don Felipe.

Tras la misa, el archiduque estuvo charlando con algunos grandes, como el duque de Nájera, antes de ir a comer. La tarde transcurrió en el campo, donde don Felipe fue, acompañado de los grandes, a volar sus aves de presa, para retornar después a sus aposentos y cenar. La ceterería era una de las pasiones de don Felipe, hasta el punto de que esta actividad determinó la elección del palacio del Coudenberg de Bruselas como una de las más importantes residencias de la corte archiducal, dada la proximidad de un bosque destinado, en exclusiva, a las actividades cinéticas del príncipe, que, en 1494, creó la figura del “gran halconero de Brabante”, hasta entonces inexistente<sup>83</sup>. La cena, una vez más, fue servida por el almirante. En esta ocasión se colocó un aparador de siete gradas de alto, donde se expuso la vajilla de oro y plata sobredorada del anfitrión<sup>84</sup>.

Para el sábado 5 de marzo, se había preparado un entretenimiento muy especial: los príncipes, tras asistir en palacio a los habituales servicios religiosos, acudieron a comer a la Plaza Mayor, “en une maison qui estoit preparee, et accoustree de tapiseries, pour regarder et passer le temps joyusement a voire chassier six tors, lequels furent assez fieres et mauuax et firent beau pas-setemps”<sup>85</sup>. Se sirvió un banquete y había mucha gente que había acudido a ver a los príncipes. Mientras que el anónimo de Viena fija este acto el día 5, las anotaciones de los Verdesotos lo sitúa el viernes 4: “Viernes siguiente hizo el almirante fiesta en la plaza mayor: corrieron toros y jugaron cañas [...] do había muchos caballeros. Dio el almirante muy gran colación a los príncipes y caballeros y damas; tal que fue cosa de notar”<sup>86</sup>.

El domingo 6 de marzo, acudieron a misa, “bien triumphamment a la gran eglise”<sup>87</sup>. Se plantea la duda con respecto a qué iglesia pudo acoger a los archiduques. Lalaing señala que, durante su estancia en la villa, fueron a misa a la iglesia conventual de San Pablo – “[...] el archiduque y su esposa oyeron misa en el más hermoso convento de dominicos que haya en el mundo”<sup>88</sup> –, sin embargo, la “gran iglesia”, debería de referirse a la colegial de Santa María. En todo caso, lo que llamó la atención al cronista, no fue la imponente arquitectura del edificio, con su soberbia fachada, sino los “bellísimos ornamentos y [...] nobles relicarios, engarzados tanto en oro como en plata”, así como “mil quinientos marcos de plata dorada, tanto en tres grandes cruces, como en un facistol para poner el libro en el altar, con varios relicarios e incensarios, cálices y otras

<sup>81</sup> Ibidem, p. 626.

<sup>82</sup> Ibidem.

<sup>83</sup> JONGE, K. De., “Los palacios de la archiduquesa Juana de Castilla en Flandes”, en ZALAMA, M. Á., *Juana I de Castilla...*, p. 67.

<sup>84</sup> *Codex 3.410*, p. 626-627.

<sup>85</sup> Ibidem, p. 627.

<sup>86</sup> *Verdesotos*, pp. 82-83. La crónica de Viena omite lo ocurrido el día 4, saltando del 3 al 5.

<sup>87</sup> *Codex 3.410*, p. 627.

<sup>88</sup> LALAING, A. de, *ob. cit.*, pp. 454-455.

cosas del servicio del altar”, y “Otros ricos ornamentos, tanto de brocados como paños de oro y otros, allí abundantes”<sup>89</sup>.

Cuando terminó la misa, se produjo un enfrentamiento entre el duque de Nájera y el condestable de Castilla *pour la haynne*. Sólo la intervención de don Felipe evitó que el asunto terminara en un disgusto. Tras regresar a palacio, y antes de comer, tuvo lugar un espectáculo musical en la gran sala del palacio, donde tocaron las trompetas y tambores de don Felipe y, también, sus menestres<sup>90</sup>.

Una vez comieron, acudieron a “ung autre grant marchie”, para “voir jouter les grand maistres et cheualliers despaigne et furent joutes aux lisses comme en nostre quartier”<sup>91</sup>. La justa se celebró en la plaza de la Rinconada –espacio extenso e irregular junto a la Plaza Mayor, donde se vendía el pescado<sup>92</sup>– y, en ella, los caballeros dieron un buen espectáculo ante sus damas, que se encontraban junto a la esposa del almirante<sup>93</sup>. Lorenzo de Padilla también recoge este acto:

Y entre las fiestas que el almirante fizo, fue una grand justa en la Rinconada, la cual salieron a ver los príncipes, y justaron en ella el conde de Melgar, y don Enrique Enríquez, adelantado de Galicia, hermano del almirante, y otros muchos caballeros. Salieron todos muy aderezados, y acabadas las justas hobo grandes collaciones<sup>94</sup>.

Las justas, fueron al estilo flamenco y en ellas participaron entre diez y doce caballeros, perfectamente engalanados, entre ellos el almirante de Castilla<sup>95</sup>. Sabemos que:

justaron en la rinconada 13 caballeros á quien el almirante dio todo lo que gastaron, salieron muy ricos y galanes. Fueron el almirante y el conde de Melgar y el adelantado, sus hermanos D. Fadrique y D. Alonso Manríquez, D. Pedro Vélez de Guevara fijo del conde de Oñate, sobrinos del conde de Oñate, el duque de Nájera, D. Martín de Acuña hermano del conde de Valencia, nieto del Conde de Buendía y D. Íñigo hermano del duque de Albuquerque y otros criados del almirante<sup>96</sup>.

En el desfile que precedió a los combates participaron los trompeteros de don Felipe, vestidos de rojo, seguidos de las trompetas y tambores del almirante, los mozos que portaban las lanzas y después los caballeros<sup>97</sup>. Los nobles se situaron en dos cadalsos que el Ayuntamiento había ordenado en “façer [...] en la Rinconada desta villa para la justa que se ha de haçer uno para en que esté el príncipe e la prinçesa nuestros señores e otro para en que esten la justicia e regidores e cavalleros”<sup>98</sup>. Como no podía ser de otra manera, el estrado de los príncipes estaba “bien acoustre de tappeseries”<sup>99</sup>.

<sup>89</sup> Ibidem.

<sup>90</sup> *Codex 3.410*, p. 628.

<sup>91</sup> Ibidem.

<sup>92</sup> AGAPITO Y REVILLA, J., *Las calles de Valladolid. Nomenclator histórico*, Valladolid, 1982 [1927], pp. 380-386.

<sup>93</sup> “El domingo, 6 de marzo, el almirante y su hermano y otras gentes de bien del país justaron, muy bien vestidos, a la manera de España. Allí estaba la mujer del dicho almirante con varias otras damas, y los justadores cumplieron muy bien su deber”, en LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 454.

<sup>94</sup> PADILLA, L. de, *ob. cit.*, p. 85. Participaron junto al almirante don Fadrique, sus hermanos don Bernardino Enríquez, conde de Melgar, y don Enrique Enríquez, adelantado de Galicia.

<sup>95</sup> *Codex 3.410*, p. 628.

<sup>96</sup> *Verdesotos*, p. 83. Puede que el autor del diario equivoque los apellidos, pues cita a don Fadrique y don Alonso Manríquez, queriendo decir, tal vez, Enríquez y equivocando a su vez los nombres de los participantes.

<sup>97</sup> *Codex 3.410*, p. 629.

<sup>98</sup> AGAPITO Y REVILLA, J., *Anotaciones...*, *ob. cit.*, p. 75.

<sup>99</sup> *Codex 3.410*, p. 628.



El almirante hizo una gran actuación, rompiendo seis o siete lanzas, tras lo cual se desprendió del yelmo y, colocándose un sombrero rojo con una pluma, pasó –triunfante– ante las damas, precedido de sus músicos, siguiendo después hacia su palacio, donde se desarmó y cambió sus ropas, para volver a la plaza a acompañar a los príncipes<sup>100</sup>. Mientras disfrutaban de los combates, se sirvió un banquete, momento en el que los espectadores se agolpaban en torno a las tribunas de los nobles, para ver si se hacían con algún bocado sobrante<sup>101</sup>. Así lo recogen los Verdesotos:

Diose este día una colación en esta guisa: a los príncipes y grandes salieron 40 caballeros del almirante y duque de Naxara con ropas rozagantes de grana, porque no se podía vestir seda y con collares de oro: y cada uno traía un plato grande de acitrón con conservas de Valencia, cubiertos unos canastillas, y otros con... y otras devisas con muchas velas de las armas de los príncipes. Los cuales vinieron de una casa al cadalso do estaban SS. AA. por un pasadizo que para ello (se hizo) muy largo. Y diose colación a los príncipes y grandes, caballeros y señores y damas. Sobre gran cantidad que fechaban a la gente que miraba<sup>102</sup>.

El regreso a palacio fue complicado, dado que había tanta gente “que a paine lon pouoit passer”. Durante la cena, hubo presentes algunos nobles que, junto a don Felipe, charlaron acerca de la justa y los caballeros que en ella participaron. Hubo un baile, y danzaron los justadores, así como el archiduque y el almirante sirvió “episses et vin de congie”. En la gran sala, donde se celebró el baile, había “ung hault marcepiéd fort bien acoustre, et ung beau doseret de drap dor et deux cheyenes, du memes apres cela fait”<sup>103</sup>. Y así transcurrió la última jornada que los príncipes pasaron en Valladolid.

El lunes, día 7 de marzo, abandonaron la villa, rumbo a Tordesillas<sup>104</sup>. Iban acompañados por el duque de Nájera, el almirante y otras muchas personas, que los escoltaron durante una legua. Don Fadrique Enríquez había preparado todos los pertrechos necesarios para el viaje, “y envió [...] muchas carretas e azémilas cargadas de los dichos pescados y vino y cebada y otras muchas cosas”, sin embargo no acompañó en él a sus señores<sup>105</sup>. Llegados a ese punto, don Felipe les ordenó regresar, acompañándolos en su viaje hacia Toledo, el condestable, el duque de Alburquerque y el comendador mayor de León, entre otros<sup>106</sup>. El almirante fue un magnífico anfitrión, preocupándose en todo momento por sus invitados, hasta el punto de que

dio el almirante a los dichos príncipes y a los caballeros y damas que con ellos vinieron muchas sedas, oro, brocados, paños, acémilas, mulas, caballos; y a los truhanes e menseriles [sic] que eran muchos, grandes dádivas: y á todos los dichos dio de comer todo el tiempo que estuvieron en esta villa de salmomes muchos, lampreas, sollos, lenaguados y otros muchos pescados y vinos en que gastó 20.000 ducados<sup>107</sup>.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 629.

<sup>101</sup> *Ibidem*.

<sup>102</sup> *Verdesotos*, p. 83.

<sup>103</sup> *Codex 3.410*, p. 629.

<sup>104</sup> Existe cierta confusión con respecto a la fecha en la que los príncipes abandonaron Valladolid. Lalaing fija la fecha en el lunes 14 (LALAING, A. de, *ob. cit.*, p. 456), mientras que el manuscrito de Viena y el diario vallisoletano, señalan que la partida tuvo lugar el lunes 7 (*Codex 3.410*, p. 630 y *Verdesotos*, p. 83). La fecha de la llegada de los príncipes a Toledo, así como las etapas del viaje, coinciden tanto en Lalaing como en el anónimo vienés, si bien Lalaing confunde el orden de algunas localidades.

<sup>105</sup> *Verdesotos*, p. 83.

<sup>106</sup> *Codex 3.410*, p. 630.

<sup>107</sup> *Verdesotos*, p. 83.

Su papel no pasó desapercibido a ningún cronista. Incluso Jean Molinet, que apenas menciona el paso de los archiduques por Valladolid, dice:

De Bourghes vint monseigneur passer par Valdoly, el luy vindrent au-devant le duc de Najera, l'admiral de Castille, les présidens et gens de parlement, ceulx de l'eglise de la ville, et ceulx du paos à l'environ, à grant nombre de nobles personaiges, les receurent et traicterent fort nonnestement et honnorablement. Et entre les autres, le dit admiral le logea et festoya grandement, et porveu luy et ses gens de vivres de quaresme, difficiles à recouvrer, et luy donna du passe-temps l'espace de sept jours, en jouestes et esbattemens, ès quels ledit admiral estoit trouvé premier et dernier<sup>108</sup>.

## Arte, lujo y poder

Todo el fausto que rodeó la estancia de doña Juana y su esposo en Valladolid, se articuló como una exhibición de la familia Enríquez, verdaderos anfitriones –en la persona del almirante– de los príncipes. Muy discreta fue la participación del regimiento de la villa, así como la de instituciones como la Chancillería o la Colegiata.

No se trataba sólo de agasajar a los príncipes, sino de sobresalir ante sus semejantes –los nobles–, así como de afianzar una posición de predominio en el entramado social del momento: el pueblo observa, las autoridades locales son actrices secundarias, pero la nobleza se sitúa inmediatamente junto a la Corona. Se trata de la representación del poder, en la que la ciudad es el escenario y el arte, parte de la escenografía.

Las entradas reales en la fecha que nos ocupa, aún no se habían transformado en el complejo discurso político, acompañado de un vasto despliegue de arquitecturas efímeras, adornadas con imágenes y versos latinos, que serán más tarde<sup>109</sup>. A ojos actuales, parecerá que el arte apenas poseía importancia en estas ceremonias de principios de siglo. Lo que ocurre es que, frente a manifestaciones como la pintura o la escultura, son otras artes las que acaparan la atención de espectadores y usuarios, artes que representan el lujo y el poder y que se insertan en el complejo mundo del ceremonial y el protocolo cortesanos del momento: vestidos, joyas, tapices, armaduras, constituyen un repertorio de riqueza y suntuosidad destinados, a ensalzar a su poseedor, y a hacerlo sobresalir sobre sus semejantes. A este respecto ya observó Huizinga que: “Todo lo que sea pompa y boato ha perdido para nosotros su incentivo. Para el contemporáneo, por el contrario, eran justamente esta pompa y boato de singular importancia”<sup>110</sup>.

En el capítulo dedicado a los Reyes Católicos de su *Historia del lujo*, Sempere señala cómo:

...los apuros del Estado, y el ejemplo de los Reyes, cuya conducta en el porte y trato de sus personas era la más severa, estaban continuamente estimulando a sus vasallos a la imitación. Mas a pesar de todo esto, el lujo continuó en aumento, burlando todos los esfuerzos con que aquellos Reyes procuraron contenerlo<sup>111</sup>.

<sup>108</sup> MOLINET, J., *ob. cit.*, p. 182.

<sup>109</sup> STRONG, R., *ob. cit.*

<sup>110</sup> HUIZINGA, J., *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1996 [1923], p. 361.

<sup>111</sup> SEMPERE Y GUARINOS, J., *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, Valencia, 2000 [1788], p. 223.

Desde 1494, se dictaron leyes y pragmáticas, limitando y, aun prohibiendo, el uso de telas de oro y plata, así como el bordado con hilos de los mismos metales, primero, y de sedas, después. Sólo quedaban fuera de la prohibición los ornamentos religiosos<sup>112</sup>. Se trataba de limitar la compra-venta de materiales preciosos para evitar el gasto superfluo. Sin embargo, a pesar de las leyes promulgadas, ni siquiera los propios monarcas se mantuvieron siempre dentro de los límites de las mismas. A pesar de ciertos esfuerzos por apuntar una moderación en el vestir y aun en el vivir por parte de la reina, como manifestación de la virtud cristiana de la pobreza<sup>113</sup>, no hay nada más lejos de la realidad. Los datos hablan por sí solos, por encima de interpretaciones y elucubraciones personales. En el capítulo que Pulgar, bajo el título “De las condiciones e proporciones de la Reyna”, dedica a elogiar la figura de la reina Católica, señala como:

“Era muger muy cerimoniosa en los vestidos e arreos, e en sus estrados e asientos, e en el servicio de su persona; e quería ser seruida de omes grandes e nobles, e con grande acatamiento e humiliación. No se lee de ningún rrey de los pasados que tan grandes omes toviere por ofiçiales. E como quiera que por esta condición le era inpu-tado algund vicio, diciendo ser pompa demasiada...”<sup>114</sup>

El cronista no recrimina por ello a la reina, sino que acepta esa actitud, dado que el monarca “es uno e superior en los rreynos, así deve mucho estremarse, e rresplandecer sobre todos los otros estados, pues tiene autoridad divina en las tierras”<sup>115</sup>. Se legitimaba el gasto, la pompa, el fausto, dado que el soberano estaba por encima de sus súbditos –posición legitimada además por el carácter sagrado de la monarquía<sup>116</sup>–, y como tal “debía rresplandecer”. Así, por ejemplo, con motivo de la boda entre la infanta doña Isabel y el príncipe don Alfonso de Portugal, celebrada en Sevilla en 1490, los reyes “mandaron adereçar las cosas que se requerían, en las cuales quisieron mostrar la grandeza de sus ánimos e abundancia de sus reynos e señoríos”<sup>117</sup>. Isabel y Fernando se mostraron lujosamente vestidos y se hicieron muchos gastos, especialmente en lo tocante a sus ropas<sup>118</sup>. Durante su vida, la reina Isabel acumuló numerosos vestidos, algunos de los cuales estaban ricamente adornados con piedras preciosas, como un vestido de terciopelo carmesí y tela de oro, que tenía cosidas 1.390 perlas y que la reina entregó a la infanta doña María cuando ésta se casó con el monarca portugués, don Manuel I, en 1500<sup>119</sup>.

El boato de la Corte de los Reyes Católicos, pasará a sus hijos, empleando grandes sumas de dinero en sus ropajes<sup>120</sup>. Asimismo, cuando la infanta doña Juana viajó a los Países Bajos para contraer matrimonio con el archiduque don Felipe, sorprendió a los flamencos el lujo que rodeaba a la infanta española, que iba acompañada de un riquísimo ajuar, y que parece los dejó boquiabiertos a pesar de estar acostumbrados a la riqueza sin par de la corte borgoñona<sup>121</sup>.

<sup>112</sup> *Ibidem*, pp. 223-234.

<sup>113</sup> Cfr. por ejemplo, ANDRÉS MARTÍN, M., “En torno a la beatificación de Isabel la Católica: Amor a la Iglesia. Pobreza”, en *Teología*, 82 (2003) pp. 39-52.

<sup>114</sup> PULGAR, F., *Crónica...*, p. 78.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> En este sentido se orientaban, según B. Aram, todos los actos de los Reyes Católicos durante la visita de los herederos en 1502: “todo ponía de relieve el mandato divino de los monarcas para gobernar sus territorios”. ARAM, B., *La reina Juana...*, p. 117.

<sup>117</sup> PULGAR, F., *Crónica...*, p. 439.

<sup>118</sup> *Ibidem*, pp. 438-441.

<sup>119</sup> ZALAMA, M. A., *Juana I. Arte, poder...*, p. 50.

<sup>120</sup> *Ibidem*, pp. 22-26.

<sup>121</sup> *Ibidem*, pp. 74-80 y p. 88.



Tapiz de la serie de Esther y Asuero (detalle). f. sXV. Museo de Tapices de la Seo, Zaragoza.

Pero no sólo son los monarcas los que hacen uso –y abuso<sup>122</sup>– del lujo, sino que los nobles también se rodearán de tapices, joyas, ricos vestidos, costosas armaduras, en un alarde de riqueza, realmente espectacular. El lujo en el vestir es el más visible, por su carácter de exhibición, pero no es el único ámbito en el que se cometían excesos: en el comer, por ejemplo, nobleza y realeza hacen gala de una abundancia sin igual: en el banquete que el almirante sirvió a los archiduques en Valladolid el 6 de marzo, cuarenta caballeros sirvieron otros tantos platos. A todo esto acompañaba la posesión de objetos y animales exóticos, que, en un gesto no exento de extravagancia, separaban a su poseedor del común de los mortales<sup>123</sup>. Por ejemplo, en casa del marqués de Villena, en Toledo, se mostró un avestruz<sup>124</sup>.

<sup>122</sup> Ha sido muy repetida la anécdota en la que se narra como fray Hernando de Talavera, reprende a la reina doña Isabel por el excesivo fausto que rodeó al encuentro entre los monarcas hispanos y los embajadores del rey francés Carlos VIII en Perpiñán en 1493. Cfr. SEMPERE Y GUARINOS, J., *ob. cit.*, p. 223, n. 1, y ZALAMA, M. A., *Juana I. Arte...*, *ob. cit.*, p. 25.

<sup>123</sup> Curioso estudio respecto al tema de los animales es el de BELOZERSKAYA, M., *La jirafa de los Medici y otros relatos sobre los animales exóticos y el poder*, Barcelona, 2008 [2006].

<sup>124</sup> LALAIN, A. de, *ob. cit.*, p. 458.

## Las actuaciones del capitán general del Reino de Granada, don Íñigo López de Mendoza, entre 1504-1506

MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ CASTELLÓ

El oro y la plata, los materiales preciosos, lo exótico, importaban más que la belleza plástica. Así, joyas, tapices –donde la lana se mezclaba con hilos de seda, oro y plata– y vestidos ricamente confeccionados, constituían un foco de atención, dada su riqueza material. Hoy, dejados llevar por planteamientos estéticos, por ideas de gusto, juicio o deleite, no acertamos a sintonizar con la valoración de las artes a comienzos del siglo XVI<sup>125</sup>. Atendiendo a las crónicas, “bello” no es un término empleado como apreciación estética, sino que más bien se emplea como sinónimo de rico. Lo mismo ocurre con el vocablo “bueno”. Así pues, lo que llama la atención de una obra es su valor material y cuanto mayor es éste, más importante se vuelve su poseedor. Fray Juan de Osnaya, cuando en 1527 relata la ceremonia del bautizo del futuro Felipe II y las fiestas que rodearon al acto, indica cómo en la justa celebrada en la Corredera de san Pablo, participaron diversos caballeros muy ricamente vestidos. El cronista enumera a cada uno de ellos, en un listado interminable en el que no falta ni un solo detalle respecto a ropas y adornos. Pero no todos los participantes son descritos. Algunos no merecen la atención del narrador, ni llamaron la atención de los presentes: “porque no llevaron chapería, no se mostraron tanto”<sup>126</sup>.

Listas. Eso es en lo que se convierten muchas veces las crónicas de sucesos. La lista, como medio de sugerir grandeza, es un recurso comúnmente empleado por los cronistas<sup>127</sup>. Enumeraciones interminables de personajes, descritos hasta el más mínimo detalle en sus vestimentas y adornos personales, parecen una verdadera obsesión para los narradores que logran así, con la sucesión continua de nombres y datos, transmitir perfectamente el lujo de la Corte a sus lectores, contemporáneos y venideros. Durante las ceremonias y rituales cortesanos, las manifestaciones externas del lujo, que llegan a convertirse en verdadera ostentación, son repetidas una y otra vez. ¿A qué se debe tamaña muestra de riqueza?

Si como hemos visto, la belleza se identifica con el lujo, éste se relaciona con el poder. El vestido, por ejemplo, se transformaba en un modo de exteriorizar y mostrar públicamente, la condición del portador<sup>128</sup>, de ahí el esfuerzo y esmero en aparecer lo más ricamente engalanado posible, hasta el punto de, según se traduce de las crónicas y relaciones de sucesos, entablarse una suerte de competición entre la nobleza, tratando de portar el vestido más magnífico y el adorno más rico. Este sentimiento se extendía a otros ámbitos: se trataba de montar el corcel más brioso, de exhibir la vajilla con más piezas, de acaparar más miradas. La realeza potencia su imagen mediante la ceremonialización del poder<sup>129</sup>: asegura la adhesión a su causa y legitima su posición; mientras que la nobleza debía emplear esa notoriedad, esa ostentación para remarcar su presencia, ya que “su visibilidad, era requisito indispensable para su propia existencia”<sup>130</sup>.

Los gastos de hoy se convertían en la riqueza de mañana. Participar en las ceremonias y rituales cortesanos y, aun más, destacar en ellos, podía suponer la diferencia entre formar parte de la élite, del selecto círculo en torno a la Corona, con las ventajas –económicas– que eso podía llevar aparejado, o quedar relegado al olvido, formando parte de una masa de “otros”, cuyos nombres desaparecieron en la historia.

DON ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA, II conde de Tendilla<sup>1</sup>, obtuvo la capitania general del antiguo reino nazarí y la alcaldía de la Alhambra, nada más ser este territorio incorporado a la Corona castellana tras la Toma de Granada.

El II conde de Tendilla, I marqués de Mondéjar, había participado en la campaña granadina activamente, y en ella se mostró como hábil militar<sup>2</sup>. Tras una breve interrupción en su carrera militar, entre 1486 y 1488, pausa obligada por su papel como embajador excepcional ante la Santa Sede por orden de los Reyes Católicos<sup>3</sup>, se reincorporó a la lucha contra los musulmanes.

Hubo por tanto varios factores que contribuyeron a su nombramiento como máxima autoridad civil del Reino de Granada, por un lado sus éxitos como militar y su actuación como diplomático en Roma, y por otro su pertenencia a una de las familias nobiliarias más influyentes de la Corona, los Mendozas<sup>4</sup>. Consecuencia de estos cargos, la Capitanía General y la Alcaldía de la Alhambra, en la Granada cristiana, en el “rincón del rincón” como la denominaba Pedro Mártir de Anglería<sup>5</sup>, pasó el resto de su vida, y en el convento de San Francisco de la Alhambra fue enterrado en 1515.

<sup>1</sup> Sobre la biografía de este noble alcarreño véase, principalmente, LAYNA SERRANO, F., *La historia de Guadalajara y sus Mendozas*, II, Madrid, 1942; MARTÍN GARCÍA, J. M.; *Don Íñigo López de Mendoza (1442-1515): del espíritu caballeresco al Humanismo Renacentista. Tradición y modernidad de un mecenas español*, Granada, 1999. Además se han realizado estudios parciales sobre algunos aspectos de su vida, caben destacar los artículos publicados por CEPEDA ADÁN entre los que reseñamos los siguientes: “El Gran Tendilla medieval y renacentista”, *Cuadernos de la Historia*, I (1968), pp. 159-168; “El Conde de Tendilla primer Alcaide de la Alhambra”, *Cuadernos de la Alhambra*, 6 (1970), pp. 21-50.

<sup>2</sup> Conocido es el episodio que protagonizó este personaje durante la defensa de Alhama en 1483, donde utilizó una gran tela como falso muro, para engañar al enemigo durante el tiempo en que se reconstruía la muralla. Son muchos los autores que relatan este episodio, destacaremos el relato que realizaron dos cronistas de la época PULGAR, F., *Crónica...*, p. 97 y MÁRTIR DE A., P., *Epistolario*, p. 55.

<sup>3</sup> Tendilla acudía a la Santa Sede con el encargo principal de prestar obediencia al nuevo Pontífice, Inocencio VIII, en nombre de los Reyes Católicos. Véase MARTÍN GARCÍA, J. M., “Fudator Italiae pacis et honoris: la aventura italiana del Conde de Tendilla”, *Wad-Al-Hayara. Revista de Estudios de la Institución “Marqués de Santillana”*, 27 (2000), pp. 55-84.

<sup>4</sup> A modo de ejemplo basta señalar que don Íñigo era nieto del Marqués de Santillana, sobrino del Cardenal don Pedro González de Mendoza y hermano del arzobispo de Sevilla don Diego Hurtado de Mendoza.

<sup>5</sup> El humanista milanés Pedro Mártir de Anglería (1455-1526) vino con Tendilla a España cuando éste regresó de su embajada en Italia. Le acompañó durante los últimos años de la guerra de Granada, convirtiéndose en cronista de la misma. Una vez finalizada la guerra, Anglería se instaló en la corte y desde allí envió un importante número de cartas al Conde informándole de todo lo que en ella ocurría.

<sup>125</sup> HUIZINGA, J., *ob. cit.*, pp. 354-385.

<sup>126</sup> OSNAYA, J. de, “Bautizo de Felipe II”, en HOYOS, M. (ed.), *Historia del Colegio de San Gregorio de Valladolid*, I, Valladolid, 1940, p. 490.

<sup>127</sup> Sobre el fenómeno de las listas y su finalidad, cfr. ECO, U., *El vértigo de las listas*, Barcelona, 2009.

<sup>128</sup> El vestido como un elemento simbólico en las ceremonias reales en NIETO SORIA, J. M., *ob. cit.*, pp. 196-197.

<sup>129</sup> Sobre este aspecto, cfr. NIETO SORIA, J. M., “La realeza”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *ob. cit.*, pp. 25-62.

<sup>130</sup> QUINTANILLA RASO, M. C., “La nobleza”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *ob. cit.*, p. 87.